

firió el Portero, y los otros Viejos lo que se havia determinado; y se reducía à que señalasse Nicolás Melchor día, y avifasse al Governador, que estaban todos prontos à dar la obediencia al Rey nuestro Señor, y que la darian en el sitio, donde estava alojado nuestro Campo; que entonces acudiesen todos los de esta Sierra bien armados; que haviendose de poner en filas los Españoles, como acostumbran, mientras entravan los Viejos, se estendiesen tambien en otras dos las Tropas Nayeritas à las espaldas de nuestros Militares; que en haziendo la seña el Capitán destinado para darla, al lograr la ocasion, que ofreciese el descuido de los Nuestrros, se abrazassen tres, ò quatro mozos robustos con cada uno de los Españoles; que les sujetassen el movimiento de los brazos, hiriendoles al mismo tiempo dos, ò tres Esquadras de los mas agiles, que señalarian, para executar este sangriento alevoso sacrificio; que al mismo tiempo embistiesen al Governador, y à los Capitanes los Viejos, que ivan à fingir la obediencia, y les quitassen la vida; que vencidos los Españoles, les sería facil resistir à los Fronterizos, si acaso se pusiesen en arma, para oponerles; y que no haziendo movimiento, se les perdonasse la vida, y à los Misioneros, mas obligandoles à salir de aquella Sierra.

Determinaron tambien, que la noche antecedente à su ideada alevosía marchassen algunas Esquadras à ocupar la vereda, por donde necessariamente havian de salir los que acaso escapassen vivos, para que en aquellas estrechuras perecieran todos, unos atravesados de sus flechas, y otros oprimidos de los peñascos, que havian de rodar de la eminencia. No havian mal dispuesto la faccion; pero se les frustró del todo con la noticia tan puntual, que se dió aquella noche à los Capitanes, y por su medio el dia siguiente al Governador al tiempo, que le havia llegado un Correo del Pueblo de Noxtic con carta de su Capitán de Guerra llama-

llamado Don Miguel de Rivera, en que le avisava, que no se fiasse de los Nayeres, ni creyesse sus engañosos obsequios, que tenia aviso cierto, que intentavan acabar con todos los Españoles, valiendose de la fuerza, y de sus ardidés, en que son Soldados veteranos. Estando assi tan instruido, se vió obligado finalmente aquel honrado Cavallero à tener Consejo de Guerra, en que fueron todos de parecer, que convenia salir de aquellos barrancos à campo abierto, retirandose à Peyotan, donde se consultarian despues, y se tomarian las medidas mas convenientes. No pudo el Señor Governador resistir à tantos; y aunque contra sus designios se conformó con su parecer, dando orden à los Capitanes luego, que dobláran las Guardias, y tuviesen prontos para el dia siguiente los cavallos con todo lo necessario para la retirada, que se acabava de resolver con tanta uniformidad de votos.

CAPITULO XIV.

RETIRASE À PETOTAN EL CAMPO, continuansé las diligencias, para reducir por via de paz à los Nayeres, sin conseguir otro fruto, que darles mas tiempo, para disponer nuevas traiciones.

NO fué poco lo que trabajó con sus ideás el Governador Don Juan de la Torre, que aun valanzeava entre la esperanza, que le sugirieron las fementidas promessas del Portero, y el temor, que le causó el informe de las espías, para conformarse con lo que en el Consejo de Guerra se havia resuelto. A los motivos, que se alegavan para la retirada, se añadi-

dieron los que los Indios de Guazamota, y de San Lucas, que havian llegado à visitarle, de nuevo le manifestaron: despues de ofrecerse à servir à su Magestad, teniendo por mas inmediatos à los Nayeres mayor conocimiento de sus astucias, y mas ciertas noticias del mal animo, en que se hallavan, le dixeron, que aquel sitio, à que de industria nos havian trahido los Gentiles, no solo carecia de pastos, y de aguas, para mantener los cavallos, sino que por su estrechéz impossibilitava el manejarles, y que por lo cerrado, no permitiria segura la retirada, quando se juzgasse conveniente, por no haver alli otra salida, que una estrechissima vereda, tan inmediata à la profundidad del barranco, que bastavan solos diez, ò doze hombres señoreados de la cumbre del cerro, para sepultar en aquel tan profundo sitio à todo el Exercito sin mas diligencia, que rodar los peñascos de la eminencia: instaronle, que mudasse su alojamiento à Peyotan, distante de alli solas cinco leguas àzia la parte del Norte, y solas siete de su Pueblo de Guazamota: lugar no solo abierto, y despejado, sino abundante de agua, y buenos pastos.

Todas estas razones à mas de las que en la Junta se propusieron, aunque el Governador se hallava tan prendado de los artificios de estos Barbaros, calificandoles por sinceridad, y por mas que no se inclinava aun todavia à la mudanza de alojamiento, huvieron por ultimo de convencerle. Y porque en las conferencias se acordó, que al Portero Nicolás Melchor se le pretextasse solamente el motivo de la incomodidad del sitio, sin darle aviso de la retirada hasta la mañana siguiente, quando estuvieffen ya con el pié en el estribo nuestros Soldados, se ofrecieron los Padres à ser los Mensageros, sintiendo alejarse de aquellas dos Rancherias, que havian dado esperanza de reducirse, sin hazer primero de su parte algunas diligencias, para descubrir por sí mismos la buena, ò mala

mala disposicion, en que se hallavan: dexaron al Governador la eleccion del que huvieffe de ir à esta tan importante arriesgada empreffa; dixeronle, que en caso de hallar fundada la esperanza de su reduccion, se quedaria en su Rancheria el que fuera, con sola la compañía de algunos Indios amigos, como vivia con ellos un Indio viejo Escrivano del Pueblo de San Antonio llamado Juan Rodriguez, que havian prevenido luego, que llegó su Señoría, para comunicarse por cartas; y que assi como él estava seguro con los Nayeres, lo estaria tambien qualquiera de los dos Misioneros.

Mas el Governador, que en vez de la antigua confianza, que tuvo tan arraigada, estava ya tan ocupado del temor, y del rezelo, que cada passo àzia las Rancherias le parecia un peligro, no quiso condescender à la suplica de los Padres, que por entonces se contentaron con enviar por el mismo Indio, de quien se fiava mucho el Governador, y de quien se valia, para dar la noticia de aquella novedad, un cariñoso recado, significandole al Portero especialmente los deseos de quedar en su Rancheria. El Embaxador no bolvió respuesta, ò por no haver cumplido su comission, como despues confirmó esta fundada sospecha su infidelidad, ò porque enterados los Nayeres de la intempestiva retirada, que les llenó de turbacion, no pusieron en otra cosa su atencion, que en vér como podrian obligar à que no dexassen aquel sitio los Españoles. Para embarazar la marcha, vinieron luego algunos, y entre ellos un Viejo Cazique, que havia ido con el *Tonati* à Mexico, cuyo nombre era Don Pedro: Indio sagáz, y que hablava la lengua Castellana.

Este dissimulando, que la noticia de la retirada les huvieffe herido en el corazon, y que deshazia sus traiciones, propuso, para impedirla, razones tan aparentes, que la energía, y solapado artificio, con que las esforzava, movieron de fuerte al Señor Governador, que aunque ya marchava el Campo,

po, mandó hazer alto, y que se suspendiessé la marcha. Reconoció el Viejo sagáz, que havia dado con felicidad los primeros passos su ponzoñosa malicia: apretó la batería, añadiendo otras razones al parecer más convincentes, ponderando la ingratitude en alejarse de sus Rancherías, donde se hallaban tantos inclinados à reducirse, y que para ejecutarlo, y dar solemnemente la obediencia al Rey, solo aguardaban la venida del *Tonati*, que ya se esperaba por instantes: ponderó, que si el motivo de su retirada era la incomodidad del sitio, ellos darian otro acomodado, aunque algo distante de los Cuarteles, para mantener la Cavallada. Estas, y otras razones persuadieron tanto à la buena indole del Governador, que quiso resueltamente suspender la retirada; mas los Indios amigos, abochornados de los maliciosos enredos de Don Pedro, repitieron sus instancias al Governador, diziendo claramente, que aquellas propuestas del sitio, que ofrecian, tiravan à dividir las fuerzas, con retirar los cavallos; que si su Señoría se apartava de estas Rancherías de los Nayeres, se iba à encontrar en Peyotan con otras del Indio Juan Lobatos, conocido por el apellido de *Cacaloxuchit*. Y sin añadir mas razones, ni aguardar à que replicára Don Pedro, se passaron con grande presteza à la Banguardia, y comenzaron à marchar ázia Peyotan, obligando à que les siguieran los demás, quedando suspensos los Nayeres, y el mismo Governador: marchó no obstante tambien con los Nayeritas, que les quisieron seguir; llegaron à Peyotan, habiendo caminado con grande rezelo, y temor; porque la mayor parte del camino era una cuchilla pendiente, y mui estrecha, que aun no habiendo encontrado, como se temia, resistencia, se baxó con dificultad, cayendo uno de los Soldados con su cavallo, aunque escaparon con la vida, sin haver recibido daño notable.

Desde este dia onze de Octubre hasta el diez, y nue-

nueve se mantuvieron en este sitio, à donde concurrían muchos Nayeres, que con la solapa de venir à vender sus frutos, observavan los movimientos de los Nuestrós, para sondear, si pudieffen, la intencion del Governador: en todos experimentaron especiales muestras de cariño, y mayores en los Padres, que viendo à dos sin ropa, y que les pedian alguna, con que cubrir su desnudéz, sin dar oídos à la propia necesidad, se desnudaron de su vestido interior, dandoselo contentos con reservar lo preciso à su Religiosa decencia. Vinieron muchos Caziques à visitar al Señor Governador; y aunque à estos de palabra, y à los otros por escrito requeria repetidas vezes, à que viniessen à dar la obediencia, que havian prometido al Rey nuestro Señor, respondian, que no podian determinar cosa alguna, sin que presidieffe à su Junta el *Tonati*, que era su Cabeza, à quien ya aguardavan en la Rancheria del Portero. De hecho llegó en breve, y no se huviera dilatado tanto su venida, si los Caziques de industria, no huvieran diferido, darle el aviso hasta tener ya juntas, y aprestadas todas sus Tropas para su premeditada alevosia.

Luego que llegó à Peyotan la noticia, de que el *Tonati*, y los Caziques todos se hallavan en la Puerta, se encendieron en los dos Padres Missioneros nuevos deseos de passar allá, para vér, si hablando à aquel Senado, podian escusar el rompimiento, que ya se rezelava con mas graves fundamentos, y para evitar la incertidumbre de la guerra, en que peligrarian no solo las vidas, sino tambien las almas de muchos Gentiles, y Apostatas. No pudo el Padre Antonio Arias contenerse en los limites de la espera; hizo al Governador tales instancias, para que le concedieffe licencia, para passar à la Rancheria del Portero, donde se havia hospedado el Nayar, que huvó de concedersela, advirtiendole, que llevasse competente número de escoltas para seguridad de su Persona;

fona; y aunque no halló sino solos dos Indios amigos, que se atreviesen à acompañarle, dispuso su viaje, quedando el Padre Juan Tellez à despecho de sus fervorosas ansias, para que en caso de matar, ó de aprisionar à su Compañero los Nayeres, les quedasse à los Nuestrs Sacerdote para su espiritual asistencia. Despues haviendo el Governador consultado el punto con los Capitanes, y con los Indios amigos, casi al tiempo de la partida vinieron los Naturales à rogarle, y el Governador, y Capitanes à requerirle, que escusasse tan aventurado, y arriesgado viaje, hasta tener noticias, que llegarían mui en breve, de lo determinado en la Junta de aquellos Barbaros.

Lo que passó en aquella grande Assamblea, solo se supo despues de la primera batalla por el Escrivano, que quedó en la Rancheria del Portero, y escapó felizmente de las garras de aquellas sangrientas fieras, que contra todo derecho le quisieron quitar la vida: este refirió, que viendo los Principales, que el *Tonati* estava inclinado, à que se franqueasse la Puerta à los Padres, y à que no declaráran la guerra contra los Españoles, por haverles hecho patentes los grandes privilegios, y exempciones, que el Señor Virrey les concedia en caso, que se reduxessen, y los graves daños, que les acarrearía su rebeldía, si se resolvian à romper con los Nuestrs, se empeñaron todos en demonstrarle con quanta facilidad se desembarazarian de los daños, que les pronosticava, acabando, como lo executarian, con todas nuestras Tropas. Y viendo, que el *Tonati* no respondia palabra, se le pusieron al lado el ciego Apóstata, y otro sagáz astuto Viejo, instándole con tal porfia toda aquella noche, que à la madrugada fatigado de no haver dormido, y enfadado de tan porfiados discursos, les dixo, que si tan facil les parecia el vencer à los Españoles, que lo determinassen los Viejos, à cuyo arbitrio

bitrio remitia la resolucion. Con esta permission, luego que se retiró el *Tonati*, hizieron nueva Junta aquellos barbaros Senadores, para disponer à su gusto la faccion: alli se determinó, que se llamasse al Governador, para dar la obediencia, al sitio abandonado de la Puerta; que en caso de no agradarle, se le propusiesse el parage de Coaxata, donde se havia antes hecho semejante funcion, quando entró el General Don Gregorio; que le recibiesse con muestras de cariño, deteniendole con cierto pretexto hasta el dia siguiente, en que à la madrugada, antes que los Soldados se huviesse levantado, y trahido los cavallos, les assaltassen, apoderandose los que serian destinados à este fin de los arcabuzes, mientras otros les herian, y acabavan con todos.

Se opuso à este discurso el Indio Don Alonso, proponiendo los motivos, que le obligavan à no asfentir à su determinacion tan arriesgada, y dificil de executar por las muchas razones, que les ponderó con viveza: añadió por fin, que él era de parecer, si querian asssegurar su intento, que se le escriviesse al Governador, citándole para la Puerta, y si no admitia, ofreció à la Junta, que él mismo iria à proponerle el sitio de Coaxata; mas que antes de llegar à este parage, se emboscassen en las estrechuras de Teaurite, que era passo inescusable, donde embistiendo con valor los Nayeres à los Nuestrs, que respeto de ellos eran pocos, à breve rato les quitarían la vida; que no temiesse las escopetas, que muchas vezes son como el cohete, que no causan otro estrago, que el estruendo; que à no pocas faltavan los rastrillos, para darles fuego; que no apuntando los Soldados al pié, sino en medio del blanco, con arrojarle al suelo al disparar, se burlarian de sus tiros; y que cogiendoles desarmados, por haver descargado ya sus escopetas, y turbados con lo repentino del assalto, facilmente acabarian con todos.

Q

Aplau-

Aplaudióse generalmente el dictamen de Don Alonso; y para ponerle en execucion, escribió Nicolás Melchor al Señor Governador, avisandole, que ya estaban todos prontos, para dar la obediencia; y que por estar todos con su Principe congregados en las Rancherías de la Puerta, suplicavan rendidamente à su Señoría, que passasse con su Tropa al puesto, que con no poco sentimiento de aquellos Naturales havia desamparado, rogando por ultimo, que los Soldados no llevassen clarin, ni otras insignias militares; pues donde les esperavan de paz, no venian bien los instrumentos de guerra. Respondióles el Governador, alabandoles su cuerda resolucion, y ponderandoles, que el camino, para ir al sitio, que señalavan, era mui aspero, y peligroso; mas ya que no viniessen à Peyotan, se podia hazer el Congreso en la medianía, señalandoles una loma, que se descubre desde aquel Pueblo, que por desembarazada, y espaciosa no ofrecia comodidad, para emboscarse, y la dava para manejar los cavallos sin estorvo: añadiales por ultimo, que era costumbre inviolable en la Milicia Española llevar insignias militares. Esta fué en substancia la respuesta de aquel Gefe de nuestro Campo; y haviendola recibido, salió para nuestro Real el Indio Don Alonso tenido del Governador, y de muchos por ingenuo, y de buenas intenciones, hasta que el dia siguiente se dió à conocer su traicion, y luego su obstinacion, y rebeldía.

Vino en diez, y nueve de Octubre al amanecer, y despues de afectar rendimientos, y ponderar finezas, pidió à los Nuestrros, que ya que ellos cedian por complacerles, en que no marchassen à la Puerta, como en que fuessen armados con sus militares insignias, tambien les havia de favorecer su dignacion, en que no se diese la obediencia, que havian prometido en aquella loma yerma, y distante de sus Rancherías, sino en Coaxata, donde por vivir allí

mu-

muchos de los suyos, havia mayor comodidad, para assistirles, y regalarles, añadiendo, que antes deseavan, que se internassen, para que conociessen su buen afecto, y su confianza en franquearles libre la entrada, ofreciendoles por ultimo, que aquella misma tarde les enviaria dos hijos suyos, para que les conduxessen por el camino menos penoso, y menos aspero. Cumplió esto mui puntual, para descaminarles, llevandoles por muchos precipicios, cuevas, y despeñaderos, como despues experimentaron.

Despidióse luego aquel astuto solapado Barbaro, dexando mui consolado al Señor Governador, que le creía, y à los Padres, que deseavan lo que fingia su malicioso artificio. Y aunque no pocos de los Nuestrros, especialmente los Capitanes sospechavan algun engaño, aquel buen Gefe, y los Soldados andavan mui alegres, por estar tan cerca el plazo, que havia de declarar, ò la fidelidad, ò la traicion, aumentandoles la alegria, y el aliento una casualidad; porque despues de haverse ido aquel tan maligno sagáz Indio, como à las ocho de la mañana, se formó à vista del Real un Arco iris de extremada hermosura, que dió ocasion, à que discurriessen, que siendo señal de paz, parecia, que les avisava el Cielo, que sería pacífica la Conquista, anticipandoles los arcos, para celebrar sus triumphos. Mas aquella misma tarde se levantó al ponerse el Sol una formidable tempestad de relampagos, truenos, y rayos, sin causarles desmayo alguno, antes dandoles mas aliento, por juzgar, ò que ya el Cielo hazia la salva à la entrada de nuestra Religion, ò que el Demonio comenzava ya à dar muestra de su sentimiento por su expulsion, que veía tan inmediata.

A los Indios, como se supo despues, ocasionó tan grande espanto, que una vieja hermana del Portero, que despues murió reducida, y bautizada, le dixo con grande asseveracion, y à los de aquella Ran-

Q 2

che-

cheria, que no entrassen en la batalla, que havian de dar el dia siguiente; porque havian de vencer los Nuestrs, y que lo mas acertado era, que admitiesfen à los Padres, y se hiziesfen Christianos, añadiendoles, que ya veian, y oían como el Cielo les ayudava con sus mosquetes, y pedreros. Algunos dieron credito à la Adivinadora: nombre, que le dieron los Nuestrs, quando supieron esta historia; y se escusaron de ir à pelear, por el temor, que les causaron tan fatales pronosticos. Solo el Governador se hallava lejos de la desconfianza; pero movido de los requirimientos, que le hizieron los Capitanes, despachó aquella noche espías, escogiendo tres, ò quatro Indios de los mas fieles, para que se acercassen, sin descuidar de su seguridad, à Coaxata, y procurassen rastrear el animo, en que se hallavan los Nayeres. Dispuso tambien, que llevassen los Indios amigos por divisa coronas de palma por las muchas, que hai en Peyotan, para que en caso de rompimiento, si se mezclassen con los Infieles, como sucedió, no les ofendieran los Nuestrs, previniendo assimismo, que se acercassen los cavallos, para que estuviesse todo pronto el dia siguiente para la marcha.

CAPITULO XV.

ACOMETEN LOS BARBAROS

alevosamente à nuestro Exercito, y queda por el Campo Catholico la Victoria.

A Maneció sereno el dia veinte de Octubre del año mil setecientos, y veinte, y uno. Despues de haver celebrado los Padres el Santo Sacrificio de la Missa, à que assistieron todos los Soldados, y comulgaron no pocos, se ordenó la Tropa; dividióse en dos

dos Trozos la Cavalleria; se dió la Banguardia à los Soldados reclutados en Zacatécas con su Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion; la Retaguardia se encargó à los que se alistaron en la Villa de Xeréz con su Capitán Don Alonso Reina, y Narvaez, autorizandola con su presencia el Señor Governador, y los dos Padres Missioneros. Las Tropas de los Indios amigos, que era nuestra Infantería, se distribuyeron de manera, que guarneciesfen los costados de la Banguardia, y Retaguardia. Este orden se observó solo en el camino; porque quando acometieron los Barbaros, le perdieron todos, y no hubo otras reglas de Milicia, que atender cada uno à defenderse, ò à poner en salvo su Persona. Luego que comenzó la marcha con los primeros clamores del clarín, se rezaron en voz alta las Letanías de nuestra Señora, y otras devotas oraciones, concluyendo con el *Alabado*, que compuso, y entonó el Padre Antonio Arias, repitiendo todo el Exercito lo mismo, que cantava aquel zeloso Missionero.

Apenas havian pagado este devoto tributo tan debido à la piedad Catholica, reconocieron desde luego las primicias de la grande cosecha, que con el favor de Dios esperavan en aquella Sierra, y las primeras esperanzas de esta nueva Iglesia; porque llegando al P. Antonio Arias un Nayar de los Principales, que havian venido al Real al amanecer, le preguntó, si los Soldados eran valientes, y à que numero llegarían con los Indios amigos? Y haviendole respondido con su mucha discrecion aquel sabio fervoroso Jesuíta con el artificio, que pedían las circunstancias de tan in-tempestiva pregunta, luego se allegó al Señor Governador, y le dixo: que él no podia assegurar el buen animo de sus Paisanos, pero que por sí, y en nombre de todos los de su Rancheria se ofrecia, no solo como leal vassallo de su Magestad à servirle, sino à formar Pueblo con los suyos, añadiendo, que